

Joan Cañete Bayle
Eugenio García Gascón

Expediente Bagdad

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

Expediente Bagdad

Prólogo. 3 de abril	13
4 de abril	20
Comisaría de Karrada. 18:30 h	20
Mezquita Abu Hanifa al Numan. Adamiya. 12:00 h	25
Karrada Interior. 09:30 h	30
Residencia de Huda Lufti. Shula. 20:00 h	36
Adamiya. 23:00 h	45
5 de abril	53
Restaurante Al Saah. Al Mansur. 14:00 h	53
Residencia de Fátima Halabi. Al Mansur. 10:00 h	64
Asilo Al Amal. Mustansiriya. 12:00 h	74
Hotel Palestina. 18:00 h	82
Adamiya. 22:00 h	92
6 de abril	102
Café Nayma. 23:00 h	102
Sadam City. 10:00 h	109
Asilo Al Amal. Mustansiriya. 13:00 h	124
Residencia de Nabil al Zarqa. Bagdad al Yadida. 15:00 h	130
Hotel Palestina. 18:00 h	141

Hospital Al Kindi. 21:00 h	150
Adamiya. 08:00 h	158
7 de abril	166
Adamiya. 02:00 h	166
Hotel Palestina. 10:00 h	177
Residencia de Nabil al Zarqa. Bagdad al Yadida. 13:00 h	184
Hotel Palestina. 17:00 h	190
Comisaria de Karrada. 20:00 h	196
Adamiya. 23:00 h	207
8 de abril	215
Hotel Palestina. 12:00 h	215
Amadiya. 05:00 h	221
Comisaría de Karrada. 15:00 h	227
Adamiya. 01:00 h	236
Comisaría de Karrada. 23:30 h	240
9 de abril	252
Adamiya. 19:00 h	252
Comisaría de Karrada. 09:00 h	261
Sadam City. 13:00 h	268
Hotel Palestina. 17:00 h	275
Adamiya. 20:00 h	284
Nota de los autores	291

A Tomás, Martina y Mati

A Sandra

MISIÓN CUMPLIDA

*Pancarta colgada en el USS Abraham Lincoln
durante el discurso de la victoria en Irak
del presidente de Estados Unidos George Bush
el 1 de mayo de 2003.*

Prólogo

3 de abril

En Bagdad, aquella noche, la segunda sin electricidad, la guerra sonaba diferente. Al estruendo de los misiles, al zumbido que presagiaba la llegada del caza y enmascaraba su huida, al ulular de las sirenas y al ladrido de los perros abandonados, esa noche, la decimoquinta de bombardeos, se le habían sumado largas ráfagas de detonaciones sordas, de menor intensidad, no tan imponentes como las grandes explosiones. El doctor Rashid al Said conocía bien ese sonido de otras guerras, de otras noches de insomnio: ametralladoras, artillería, tiroteos. El estruendo procedía del otro lado del Tigris, del sureste de la ciudad. De los barrios del sur. Del aeropuerto.

Las paredes del estudio vibraban de vez en cuando a causa de las explosiones. Su despacho era la habitación más pequeña de la casa. Tenía una mesa antigua, una silla y dos paredes con estanterías llenas de libros. En una de ellas guardaba todas las obras del filósofo Friedrich Nietzsche y muchos ensayos sobre su vida y su obra. Algunos títulos los tenía repetidos en distintas ediciones, en francés, alemán, inglés y árabe. En conjunto, la suya era una biblioteca cuidadosamente construida a lo largo de los años, gracias a una constante búsqueda en mercados de libros de segunda mano y librerías polvorientas de Edimburgo y Bagdad. Iluminado de forma precaria por una lámpara mortecina de gasolina y velas colocadas en candelabros, Rashid escribía con parsimonia

en una gruesa libreta. Su caligrafía era confusa y sinuosa. Encima de la mesa se amontonaban varios libros abiertos, y un montículo formado por una decena de libretas de espiral de las que usan los escolares, con la cubierta de cartón azul y roja. Juntas formaban lo que el doctor Rashid al Said llamaba su manuscrito, el ensayo sobre la relación entre el pensamiento de Nietzsche y la tradición islámica al que había dedicado años de trabajo.

No solo el ruido de la guerra era diferente, constató el doctor mientras miraba furtivamente por la ventana a través de los visillos corridos. También su aspecto, su textura, se había modificado. Un manto de oscuridad impoluta había engullido Bagdad. Era una negritud total, tan solo punteada por las zanjas de petróleo en llamas que dibujaban unas sombras fantasmagóricas en el paisaje urbano y que elevaban al cielo de Bagdad unas insalubres columnas de humo, negro y compacto, que dificultaban la respiración. Esa noche sin luz y de acordes nuevos en la partitura de la guerra, a Rashid le resultaba muy complicado concentrarse en su manuscrito. Se lo impedía el estruendo de los combates y también el de las decenas de generadores del barrio, incluido el suyo, que alimentaba de electricidad el salón de la casa. Tampoco ayudaba el olor a gasolina que todo lo impregnaba, que se le quedaba prendido en la ropa y en la piel y que le embotaba el cerebro. Pero sobre todo no podía concentrarse en el complejo pensamiento de Nietzsche porque sabía que si se esforzaba lo suficiente y lograba aislarse de su entorno, llegaría a sus oídos el llanto ahogado de Nada, su esposa, la corriente subterránea de la guerra en la casa de los Al Said. Desde el primer día de bombardeos Nada lloraba cada noche. Eran lágrimas de miedo por las bombas y lágrimas de preocupación por Adnan, el hijo mayor, el único varón, el soldado cuya unidad combatía en algún lugar entre Bagdad y Um Qasr y del que no habían tenido noticias en semanas. Pero Nada también lloraba de frustración, y ser consciente de ello es lo que agrietaba la muralla que el doctor pretendía levantar a su alrededor cuando trabajaba en su manuscrito.

«¿Es verdad que los americanos están ya en el aeropuerto?», le había preguntado Nada a modo de saludo cuando él llegó a casa. Sus dos hijas estaban sentadas a la mesa, los platos dispuestos

para la cena. El doctor se quitó la chaqueta del uniforme militar y la depositó en el perchero junto con la sobaquera y la pistola. Admitir que no tenía respuesta a la pregunta, mentir o decir lo que pensaba; esas eran sus opciones. Rashid besó a Nada con suavidad en la mejilla.

¿Era verdad que los americanos habían tomado ya el aeropuerto? En el café Nayma, por donde se había dejado caer al acabar su turno antes de acudir a casa, cada parroquiano tenía una teoría al respecto. Algunos habían acudido al café –que permanecía abierto pese a las circunstancias, iluminado con unas cuantas velas y donde solo te servían té– con una radio que permitía sintonizar el servicio en árabe de la BBC. La emisora informaba de la ocupación del aeródromo internacional, situado justo a veinte kilómetros al suroeste de la capital. La televisión oficial había enmudecido ese día durante unas horas, probablemente a causa de los bombardeos, y cuando la señal regresó era en blanco y negro y de una calidad pésima, aunque suficiente para transmitir el diáfano mensaje de las autoridades iraquíes: los americanos, esas «alimañas del desierto», no habían ocupado el aeropuerto. Quienes esa noche habían acudido al café de la calle Nayma lo repetían sin saber si era cierto. No quedaba otra opción. Si el Gobierno lo decía, la gente corriente no podía discutirlo. Así había sido durante décadas. El doctor Rashid escuchaba pero procuraba no intervenir demasiado en las conversaciones, a pesar de que conocía a todos los clientes. Ellos, por su parte, de vez en cuando buscaban su opinión, confiando en que él dispusiera de más información debido a su condición de policía. Pero era una pretensión vana. Pese a su llamativo uniforme de color verde, que tanto respeto imponía a aquellos que no lo conocían, Rashid sabía lo mismo que ellos, es decir, lo que escuchaba por la radio y lo que veía en las calles.

«No lo sé –le había respondido finalmente a su mujer y a sus hijas–. Pero me extrañaría. Un aeropuerto es un objetivo militar difícil de conseguir. Nuestro ejército lo tendrá bien defendido.» Y continuaron cenando, taciturnos, charlando de cuestiones en apariencia triviales, de si un nuevo comercio había cerrado, de si al día siguiente habría que ir a buscar más gasolina para el generador.

A través de los visillos de su despacho Rashid vio unas siluetas que pasaban fugazmente por la calle. Iluminaban sus pasos con unas pequeñas linternas y llevaban el rostro oculto con la kufiya. El doctor no reconoció a aquellos hombres, y se preguntó quiénes serían. Desde hacía un par de días circulaba el rumor de que soldados de élite americanos, especialmente entrenados para hablar árabe como cualquier iraquí, se habían infiltrado en los barrios de Bagdad, vestidos como paisanos, escondidos entre la población. Su misión, decían los hombres en el café Nayma, repetían las mujeres en las tiendas, exageraban los niños cuando lograban escapar de la opresión de sus casas y se lanzaban a las calles a jugar a la guerra, era esparcir rumores para minar la moral de la población y llevar a cabo tareas de espionaje, localizar las defensas antiaéreas, vigilar a los cabecillas de las brigadas de milicias voluntarias para que el día que empieza la invasión de Bagdad los invasores sepan dónde y a quién atacar. «¿Tú crees que es verdad que los americanos están en Adamiya, papá?», había inquirido días atrás su hija pequeña. Y Rashid, que tampoco tenía respuesta a esa pregunta, le había dicho que no, que por supuesto que no.

Esa noche, en un tono que pretendía ser casual, su esposa le había comentado: «¿Sabes que los Abu Ramadan se van mañana?». Las niñas se habían acostado, ella estaba planchando y Rashid fumaba un cigarrillo mientras acababa de apurar un té. Le contestó que no.

«Han contratado tres coches de Abdo. Partirán de madrugada.» Los Abu Ramadan vivían en el mismo edificio, en la planta cuarta, y mantenían excelentes relaciones con la familia de Rashid desde muchos años atrás. El doctor sabía hacia dónde se dirigía la conversación, y por eso optó por callarse. «Van a Damasco. Al parecer tienen parientes allí», insistió ella, sin apartar la vista de la plancha.

«Me voy al estudio –había zanjado la conversación Rashid, mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero, intentando no sonar brusco–. Me gustaría trabajar un poco en el manuscrito.»

Pero esa noche oscura el doctor Rashid al Said no podía concentrarse en su trabajo por mucho que se esforzara. Pasada la

medianoche, las explosiones arreciaron y la casa vibró más que de costumbre. Con fastidio, cerró la libreta, se dirigió a la cocina y prendió una hornalla con el mechero. Era un fuego azul e irregular que iluminó levemente la estancia. Se preparó otro té mientras su gata Lulú merodeaba de un lado a otro, atusándose el pelo. Rashid se agachó y alargó la mano para acariciarla. Lulú maulló dos o tres veces. Parecía estar hambrienta y con ganas de descansar. A saber lo que habría estado haciendo durante horas, se dijo Rashid, que se la imaginó recorriendo las calles de Adamiya de arriba abajo en compañía de otros felinos. En una pelea callejera, unos meses antes, Lulú se había quedado tuerta del ojo derecho, con un color lechoso en la cuenca, una deficiencia que no había interferido en sus salidas nocturnas.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Rashid con cariño.

La gata respondió con un nuevo maullido y restregó el costado contra su pantalón. A veces, sobre todo cuando estaba en celo, la gata se ausentaba durante días y regresaba en un estado lastimoso, cuando no malherida. Pero por lo general Lulú era una excelente compañera. Habitualmente pernoctaba a los pies de la cama de Adnan, que era quien solía encargarse de alimentarla y de sus necesidades. Pero Adnan hacía semanas que no estaba en casa. ¿Estaría combatiendo su hijo en el aeropuerto? Rashid no lo sabía. Adnan era un muchacho inteligente, de veinticuatro años, de natural tranquilo y reflexivo, que acababa de terminar la carrera de Medicina. Había decidido ser médico, como su padre, pero ahí se acababan las semejanzas. Físicamente se parecía a Nada y, a diferencia de Rashid, Adnan aspiraba a ejercer la medicina y prefería mantenerse a distancia de la política. Por eso, para muchos, empezando por su propia madre, fue una sorpresa que, llegado el momento decisivo, el momento de combatir, explicara que le resultaba imposible lo que él llamaba eludir su responsabilidad y se enrolase de buen grado en el Ejército. Para Rashid no fue una sorpresa, en su fuero interno sabía que su hijo estaba siendo consecuente. Ahora bien, a Rashid le costaba imaginarse a Adnan, tan poca cosa físicamente, muy alto pero también muy delgado, con un fusil en las manos, apostado en las dunas del desierto, a la espera de la llegada de un tanque americano. ¿Rezaría

Adnan en esos momentos de incertidumbre? Rashid creía que no, pero tampoco le extrañaría lo contrario. La guerra, él lo sabía por experiencia, extrae lo más profundamente enraizado en el interior de cada hombre.

Rashid sirvió a Lulú una cena de pienso y un platito con leche y desistió de obligarse a regresar a su manuscrito. Paseó por la casa, asegurando las ventanas y apagando con la yema de los dedos la velas que sus hijas encendían como un ritual cada anochecer desde el inicio de los bombardeos. Todas las ventanas estaban aseguradas con cinta aislante para evitar que las ondas expansivas dañaran los cristales. Comprobó que las chicas dormían plácidamente. Las dos muchachas se habían mudado a la habitación más resguardada de la casa, un cuarto sin ventanas, y allí continuarían hasta que terminara todo, hasta que los iraquíes expulsaran a los americanos o hasta que los americanos aniquilaran al ejército iraquí. Él y Nada, en cambio, continuaban en el mismo dormitorio para mantener al menos en ese aspecto un vestigio de lo que era su vida cotidiana antes de la llegada de la guerra.

Rashid se sentó en la cama, se desvistió y dejó su uniforme verde militar, doblado cuidadosamente, encima de la cómoda. Nada se movió en la cama. Sus ojos estaban hinchados e irritados. La almohada estaba mojada.

–En el edificio solo quedamos nosotros –reemprendió la conversación su esposa–. Si los americanos están en el aeropuerto...

–No sabemos si eso es cierto –la interrumpió Rashid.

–... Si los americanos están en el aeropuerto –continuó ella– quizá mañana mismo ocupen Bagdad.

–No lo creo. Los soldados y los milicianos iraquíes están por todas partes. Los americanos no lo tendrán tan fácil para avanzar.

–Las niñas y yo hemos hecho las maletas. Lo tenemos todo preparado para cuando te decidas.

Rashid emitió un sonido gutural que podía interpretarse en cualquier sentido y besó a su esposa en la frente. A oscuras, se tendió boca arriba en la cama y se acercó a ella para que reposara la cabeza en su pecho. La respiración de Nada pronto se relajó y se convirtió en un sonido rítmico, relajante. Rashid cerró los ojos con fuerza y se obligó a pensar. Pero no pensaba en las

maletas que Nada y las chicas habían preparado, ni en el devenir de la guerra, ni en las explosiones, en ese momento más violentas y más cercanas. Tampoco pensaba en el aeropuerto, ni en los soldados americanos disfrazados de civiles escondidos en Adamiya, ni tan siquiera en su hijo Adnan, un soldado más en el frente. Esa noche oscura, la segunda sin electricidad, la decimoquinta de la guerra, Rashid pensaba en Nietzsche. Más exactamente en cómo el pensamiento de Schopenhauer había incidido en el joven Nietzsche, que se había quedado prendado de su filosofía pesimista justo cuando abandonó la fe. Hijo de un pastor protestante fallecido de manera prematura, Nietzsche dejó de creer en Dios en su juventud, y al dar este paso causó un dolor extremo a su madre. Tumbado en la cama, mientras el edificio entero vibraba a causa de las explosiones, Rashid reflexionaba sobre el deseo, sobre la tesis de Schopenhauer de que el ser humano es solo deseo, y que eso conduce necesariamente a una insatisfacción general, ya sea en forma de aburrimiento o frustración. El aburrimiento: si alguien desea un coche y se lo compra, a los pocos días volverá a sentirse insatisfecho y seguramente deseará un modelo más avanzado. De la misma manera, si alguien quiere mantener una relación sexual con otra persona y lo consigue, al poco de haberla consumado se sentirá vacío y embargado por una profunda tristeza. La frustración: si la persona, en cambio, no logra cumplir sus deseos, la frustración será enorme. Es decir, de un modo u otro, el ser humano está destinado a ser infeliz.

Sin hacer ruido, ahora que Nada por fin se había dormido, Rashid abandonó la cama y se encaminó hacia su despacho.